

R i c a r d o B o i z a r d

# Hacia el Ideal Político de una Juventud

(Conferencia dictada en la  
Asamblea Conservadora).

Imprenta Nacimiento  
SANTIAGO CHILE

1931

N.º 1112

Impreso en os Talleres de  
la Editorial Nascimento  
= Ahumada 125 =  
Santiago de Chile. 1931

## HACIA EL IDEAL POLITICO DE UNA JUVENTUD

Uno de los más graves errores cometidos por la conciencia pública de nuestro país es el de atribuir una exclusiva función ideológica a las colectividades políticas. Se cree que ellas comienzan y terminan en un programa; que es el programa la base substantiva de su existencia y que cuando ese programa se ha cumplido por la legislación, el partido político que le sostenía, pierde su razón de ser.

Yo afirmo, sin embargo, que los partidos políticos no están unidos por ideas, sino por algo más hondo y espiritual, algo más permanente ante el desarrollo de la vida, algo más integral y humano. Lo que une a los partidos políticos es más un acuerdo de los espíritus que de las inteligencias. Lo que define su existencia, lo que va trazando su frontera, es un estado de ánimo diferente, es un modo de ser, es una manera de vivir y de mirar la vida.

Sólo así concebidos, se explica que los partidos perduren. Puede ser que no siempre haya hombres afectos al parlamentarismo o al presidencialismo, a las doctrinas individualistas o sociales, al proteccionismo o al libre cambio. Puede ser que no siempre sea posible que los hombres estén divididos en fracciones económicas,

sociales o mercantiles. Puede ser que el cuerpo colectivo cambie su estructura. Todo puede ocurrir en el desarrollo del progreso. Pero lo que no ocurrirá, sin duda, es que estos u otros nuevos problemas sean mirados por los hombres en una misma forma. Siempre habrá dos o más fracciones, dos o más maneras de sentir, dos o más maneras distintas de vivir y de pensar. Hasta supongo que la más perseguida de las doctrinas pueda considerarse buena en un mañana lejano. Pero lo que, sin duda, no pasará jamás, es que aún los hombres que la aceptan, estén de acuerdo en su desenvolvimiento. Lo que no puede pasar es que a la sombra de la más excelsa de las fórmulas, no se levante una tienda para mantenerla, otra para modificarla y otra para destruirla.

Si estudiamos al hombre en sus íntimos resortes, veremos que hay siempre una distinta tendencia sentimental a veces al través de unas mismas corrientes ideológicas. Llegó un momento, por ejemplo, en que el régimen republicano se impuso en América y en que todos los bandos, separados por hondas y viejas disensiones, pusieron de acuerdo en una sola cosa: el advenimiento de la República. Todos eran amigos de la libertad, todos eran devotos de la libertad. La libertad, con ser una grande y portentosa idea, no logró, sin embargo, fundir a los espíritus. Pelucones, que se decían amigos de la libertad, y pipiolos, que se llamaban liberales, combatieron en Lircay, sin embargo, por una cosa distinta. Liberales, que se decían defensores de la libertad, y conservadores, amantes de la libertad hasta el heroísmo, volvieron a encontrarse en la Placilla. Hay en el fondo de las dos corrientes una misma idea política. Con muy pequeñas diferencias, las dos mantienen el orden democrático, las dos vienen del pueblo y van al pueblo. Hay algo, sin embargo, que les separa, algo que no definieron los programas, y que, a pesar de todo el amor por la libertad, a pesar de toda la devoción por la República, les ha continuado divi-

diendo, les ha lanzado, en frenético impulso, desde la cátedra al parlamento, desde el parlamento a la plaza pública, desde la plaza pública al campo de batalla.

Ese algo que nos une y que nos separa, ese algo que dos corrientes opuestas han perseguido al través de toda nuestra historia y que, acaso continúen buscando, en diferentes formas, al través de todo el porvenir; ese algo complejo y obscuro, que no capta la inteligencia sino el corazón, es lo que procuraremos encontrar esta noche en un análisis prolijo y sincero.

Yo pregunto a los que están aquí presentes: ¿Qué es ser conservador?

Ser conservador, para unos, es mantener la defensa del orden social cristiano, según lo dice en forma vaga nuestro programa.

Para otros, ser conservador es negar el impulso de las nuevas ideas, volver los ojos a un mundo desaparecido y repetir con el poeta que "todo tiempo pasado fué mejor".

Ser conservador, para los últimos, es ser un poco liberal, y un poco radical, y un poco socialista, y un poco de todo. Ser conservador, en una palabra, para estos, es una cosa tan poco importante y de tan pequeño valor que hasta soportan que se diga en el programa, con infantil minuciosidad, que aspiramos al fomento de los servicios de aviación.

No, señores. Como yo no soy conservador porque existe un programa, sino sencillamente porque soy conservador, puedo decir que nunca me movería a luchar por mi partido el fomento de los servicios de aviación. Sinceramente, no sabría decir a punto fijo si me interesa o no me interesa el tema. En el fondo, me tiene bien sin cuidado, y hasta me tiene sin cuidado (perdonen los señores socialistas) que las habitaciones baratas tengan jardín o no lo tengan. Me interesa muy poco

esta materia, porque no creo que la cuestión social se resuelve solamente con ciudades jardines, sino con altas y positivas renovaciones.

Para mí, ser conservador, es otra cosa. Creo que ni la vaguedad imprecisa del orden social cristiano, ni la añoranza romántica de la tradición, ni la mezcla confusa de las doctrinas sociales, forman parte específica de la razón de ser conservadora.

Ser conservador es hondo y trascendental. Yo soy conservador, porque en mí existe un amor fuerte y poderoso al principio del orden, a la armonía social, y, en consecuencia, a la marcha sistematizada, regularizada, integralizada, del organismo colectivo.

El espíritu conservador es algo tan vivo, tan dinámico y tan real, como es vivo, dinámico y real el espíritu opuesto de la rebelión. Así como nadie puede decir que en esta hora moderna hay un partido revolucionario, sino un hecho revolucionario, yo afirmo que la existencia del partido conservador responde a un hecho conservador.

Estamos en una misma tienda hombres que a veces apenas nos entendemos. Tú que eres conservador, no piensas como yo, que también soy conservador. Amigo correligionario. ¿Tú eres partidario de la democracia? Pues bien. Yo soy partidario de la monarquía. ¿Tú eres amigo de los sindicatos, del contrato del trabajo, de las cooperativas? Yo soy individualista hasta los huesos. Y he aquí que nos ponemos a discutir y que, seguramente no vamos a llegar a un acuerdo. Nos despedimos indignados y nos decimos mutuamente: tú no eres conservador. Yo no soy conservador, y el otro no es conservador, y estamos en tan profundo desacuerdo, que todos los conservadores se pulverizan y excomulgan.

A pesar de todo, sin embargo, somos conservadores. En cualquiera ocasión de la vida, en cualquier momento solemne y decisivo, nos sentimos llegar, y nos saludamos y nos sabemos amigos. Algo imperiosamente superior a nosotros nos une. Sabemos que a pesar de todo, y con o sin programas, estamos laborando en una labor común, en una afirmación común.

Por ejemplo, hay un hecho moderno que numerosos pensadores constatan y que se presta para reconocernos y singularizarnos. Desde Spengler hasta nosotros, viene afirmándose que la civilización occidental se encuentra en decadencia. Ortega y Gasset, empapado en el pensamiento alemán, lo repite a menudo. Keyserling, en su "Mundo que nace", lo afirma y lo presiente. Pero pocos quizás han llegado a explicar este fenómeno en una forma más gráfica y positiva como el místico pensador norteamericano Waldo Frank.

Waldo Frank, al analizar la sociedad europea (basada en los mismos principios que la nuestra), la compara a un cadáver. Hay en este cadáver todavía, numerosísimos elementos de vida, pero decimos que ha llegado la muerte porque ya nada obedece en ese cuerpo al orden fisiológico. Sobrevive la carne, pero se ha paralizado el sistema. Las células ya no obedecen al orden vital. Se disgregan, se apartan unas de otras. Viene en seguida la desintegración atómica, la voz obscura y caótica del átomo que vuelve a las tinieblas de su misterio.

Pues bien, los hombres, que a pesar de la muerte del hecho social, permanecen henchidos de caótica vitalidad, comprenden que ha llegado el momento de hacer algo con este cadáver pestilente.

En América, principalmente, donde el impulso de la vida es más fuerte y vigoroso, se manifiesta con mayor claridad esta inquietud.

Los economistas afirman con ingenua esperanza ante el cadáver. Es necesario darle de comer. Y ensayan fórmulas huecas, artificiales, creyendo que en el orden digestivo está el principio de la vida. Los socialistas dicen: la sociedad no vive porque le falta el movimiento. Y he aquí que levantan el cadáver, mueven sus brazos arbitrariamente, fuerzan gestos de vida entre sus labios. Colocan una máscara estatal en su rostro. Pero el cadáver no se mueve. Sigue pudriéndose fatalmente, fisiológicamente.

Llega el revolucionario, que ya no es un intelectual sino un hombre de plena actividad y con la misma grosera simpleza de Alejandro ante el nudo gordiano, exclama: Si está muerto, prescindamos de él. Destruyamos su organización, despedacemos su sistema. Sobre las ruinas de su polvo, reconstruyamos la nueva sociedad.

Frente a este último grito de desesperación ante la muerte, se levanta el hecho conservador, que es un grito de desesperación por la vida. Yo, conservador, contemplo fríamente el organismo social y digo como todos: no se mueve. No pretendo volver a reanimarle por agregación de materia. No pretendo moverle en forma automática y artificial. No puedo tampoco hacerle polvo, porque, a pesar de su silencio, a pesar de su inmovilidad, hay un lazo de amor que me une a su carne.

¿Qué hago entonces? Afirmando una asombrosa, una imprudente verdad. Este cadáver, no es un cadáver. Lo que le falta no es la vida. Es el orden.

El espíritu conservador, que es un hecho moderno, que no es una teoría ni es una escuela social, sino un hecho palpable y verdadero, repite desde el fondo de nuestra conciencia: Este trozo de carne, debe volver a ser sistema. Este conglomerado de informes átomos, debe ser una armonía, debe ser una música.



Tiene el principio de la vida, porque la vida vibra en el hecho atómico. Debe empezar el principio del orden, o sea, el hecho orgánico.

Y en este punto, si que comienza a verse claro en la nebulosa del "algo" a que nos referíamos denantes.

Estamos separados d ellos "partidos intelectuales", porque no queremos fórmulas incompletas para remediar nuestros problemas. Estamos separados de los partidos "revolucionarios", porque estos desconocen el hecho social y nosotros nos fundamos en él.

Hay en la modalidad conservadora un principio de lealtad para con lo desaparecido y de orden para con lo que viene. La misma lealtad para con el pasado es un principio de orden, porque negar el valor de lo pasado, es tan obscurantista, tan infantil y tan reaccionario como cerrarse a la luz del porvenir.

En este punto, sin embargo, es necesario aclarar un concepto. Somos hombres de orden, pero, ¿qué significa ser hombres de orden? ¿En qué se diferencia el hombre de orden del hombre de desorden?

Lo veremos en seguida .

El hombre de orden no es precisamente el burgués sedentario, como parece creerse entre nosotros. Hombre de orden no significa mantener lo existente ni defenderlo en el último reducto de nuestras inconfesables expectativas. Hombre de orden no es el amigo de la tranquilidad, ni es el que busca soluciones pacíficas, menos por amor a la paz que por temor a la inquietud. Hombre de orden, en el claro y potente sentido de la palabra, es el que busca el orden, el que lucha y se sacrifica por el orden, el que no puede permanecer tranquilo mientras no exista un orden total, íntegro y definitivo.

El hombre de desorden, por el contrario, no es siempre el

agitador inquieto y turbulento. A veces, en el fondo de su rebelión, se esconde un oculto amor por la armonía, por las soluciones integrales, por la humanización de las ideas. El hombre de desorden, en realidad, es el hombre fracción; es aquel que busca soluciones parciales e inmediatas para los problemas complejos y trascendentales. Por ejemplo, un hombre de desorden, ante el problema económico, sólo ve una cosa. Ve la carestía de los alimentos, la dificultad de la vida, la crisis monetaria. Frente al problema, propone inmediatamente soluciones. Son soluciones de corto plazo que no miran el fondo de la cuestión. Son soluciones que no remedian el problema, sino que lo retardan. Otro hombre de desorden, como el revolucionario, mira el punto con mayor amplitud, pero dice con Carlos Marx, al enunciar las bases de su materialismo histórico: El hombre es un animal que come. Las dos corrientes son limitadas, son incompletas en su modo de ver y de salvar las dificultades.

El hombre de orden, ante una crisis económica, piensa de otra manera. ¿Hay exceso de producción?, se dice para sí.—Pues bien, ¿y por qué entonces existe el hambre y la escasez? La escala de los por qué le van haciendo subir en la montaña sinuosa del problema. Por la excesiva libertad del trabajo. El hombre de orden dice: He aquí que el problema económico no es sólo un problema económico sino también un problema político. Por el desarrollo de la máquina. Se introduce un problema científico a la cuestión. Por la guerra europea. Llega un problema histórico. Por la exigencia desmedida del capital en la producción del interés. En esto empieza un problema moral. Por el sistema económico de Rusia, que inunda los mercados extranjeros. He aquí un problema del Derecho de Gentes. El hombre de orden comprende entonces que la crisis económica no es un hecho ais-

lado en el desarrollo de la economía, sino una consecuencia encadenada a millares de problemas. Comprende que nada sacará con remediar uno sin remediar el otro. Sube desde la naturaleza humana del hombre hasta su naturaleza divina. Encadena sus argumentos en una fuerte estructura de causalidad. Y llega a veces (cosa anacrónica para algunos), a fundamentar en una filosofía, en una religión, el desarrollo de las más pequeñas, de las más insignificantes manifestaciones colectivas.

Ahora bien. Esto hace el hombre de orden frente a un problema. De lo que haría y pretende quizás hacer ante este grave y trascendental problema de la vida social, es de lo que desprecnderemos uno a uno nuestros posulados para abrir caminos seguros y armoniosos al ideal político de nuestra juventud.

Antes de avanzar, sin embargo, proyectaremos sobre la realidad nacional estas ideas, y procuraremos descubrir, de acuerdo con estas marcadas posiciones espirituales, nuestro horizonte político del porvenir.

El hombre de orden, que piensa y obra ordenadamente, si no ha llegado todavía, tendrá que polarizarse, sin duda alguna, en el partido conservador. El hombre de orden busca las soluciones integrales, se funda en le totalidad de los hechos y mira al hombre en su diversidad compleja y honda.

El hombre de desorden, que abomina del orden y que todo lo espera del caos, formará el único partido posible dentro de las izquierdas: el partido revolucionario.

El otro hombre de desorden, o sea, el hombre de la transacción y de las componendas, el que sólo mira el aspecto inmediato de los problemas sin ocuparse de sus causas remotas, más bien dicho, el positivista de la política, que busca entre todos los males, el menor, y entre todos los bienes, el más cómodo, después de nuestra era de transacción, será el personaje trá-

gico de la lucha. Será la llanura de la Convención francesa, el partido menchevique de la revolución rusa, el partido electrolítico y otros derivados de nuestra última revolución. Será, para hablar en términos castellanos de pura cepa, la jaca humilde y cavilosa de la plaza de toros, en cuyo cuerpo se clavan los cuernos de la bestia y los espolazos violentos del jinete.

Por ahora, me interesa dilucidar ante vosotros la forma en que yo entiendo el ideario político conservador.

Para bajar a él, debo trazar ante todo la figura del hombre. Animal social, como dicen los clásicos, el hombre busca en el hecho social lo que no encuentra en su individualidad mezquina y limitada. Pero esto no porque el hombre sea, instintivamente, un animal social, sino porque es el más individualista, el más personalista de los seres que pueblan el planeta. Lo que el hombre busca en la sociedad es una prolongación de sí mismo. Busco, instintivamente, el respeto a la autoridad, para que la autoridad me defienda. Amo instintivamente la justicia, para que se me haga justicia. Formo una familia, doy un nombre a mis hijos, para que mi carne siga viviendo en ellos. Me aferro duramente a la tierra, constituyo el derecho de la propiedad territorial, para sentirme positivamente dueño de lo que me rodea. Cada hombre, allá en las cavernas tenebrosas de la subconciencia, presume ser el centro de la gravitación universal.

Así se manifiesta la voluntad implacable del instinto.

Pero hay una lucha contraria a aquel instinto en la misteriosa hondura de nuestra vida. Sobre la capa animal de la subconciencia, todavía en las regiones del inconsciente, surge de súbito una voz imperiosa. He leído en el libro del profesor alemán Karl Haeberlin sobre los fundamentos de la Psico-Análisis, que el propio Freud, en una de sus últimas obras, ha descubierto

esta super-conciencia y ha comenzado a hundirse lentamente en la atmósfera densa de lo sobrenatural.

El hombre, pues, no sólo obedece en su vida social a la voz del instinto. No es pura carne y puro barro este espíritu nuestro. No debe ser pura carne y puro barro lo que el hombre suscite en torno suyo. Es eso lo que nos obliga a decir que en el germen de la vida colectiva no sólo existe un movimiento egolátrico, sino también una fuerza de amor espiritual. La vida colectiva, en consecuencia, debe fundarse en la naturaleza del hombre, considerado como barro y considerado como espíritu. Debe tener su principio, no en el simple pacto social de que hablaba Rousseau, sino principalmente, en ese pacto trágico, que, al través de los siglos, ha debido empezar a celebrarse entre el llamado egolátrico de la carne y el llamado divino del espíritu.

Señores: Afirmo, a pesar del escándalo que puedan traer estas palabras, que la sociedad moderna, mal que les pese a ciertos tratadistas del Derecho Natural, que suponen un orden social cristiano en lo que nos rodea, afirmo, digo, que nuestra sociedad está constituida sobre las efímeras bases de un pacto y no sobre la íntegra naturaleza del hombre.

Cuando en el siglo XVIII se combatían las doctrinas de Rousseau, se decía, con mucha razón, que en los anales de la historia no había recuerdo de la celebración de un pacto social entre los hombres.

Sé afirmó mucho esta aseveración. Pero en los mismos momentos en que se afirmaba, los intelectuales de la Revolución Francesa celebraban un pacto social arbitrario y declaraban los derechos del hombre, a cuya sombra nacimos, por desgracia, las incipientes repúblicas americanas.

Debemos reconocerlo de una vez por todas. La sociedad mo-

derna, política, social y económicamente considerada, ha nacido de un pacto forzoso y unilateral, entre la intelectualidad enciclopédica y el hecho vivo de la naturaleza humana.

Para el individualismo enciclopédico, la sociedad está formada por elementos dispersos e inconexos. No surge la soberanía de un hecho natural, sino de simples formalidades positivas. Veamos, por ejemplo, el derecho de sufragio, según las disposiciones de nuestra Carta Fundamental.

El pueblo soberano, para nuestra Constitución Política, no es el pueblo socialmente organizado. Entre la masa inmensa de muchedumbre, la Constitución arbitraria elige al soberano y le llama a votar. Le hace cuatro preguntas, como pudiera no hacerle ninguna:

—¿Eres chileno? Pregunta de orden geográfico.

—¿Sabes leer? Pregunta de orden cultural.

—¿Qué edad tienes? Pregunta fisiológica.

—¿Estás inscripto en los registros? Pregunta administrativa.

Lo que le importa a la ley, para distinguir al soberano, es, como lo veréis, de ínfima importancia.

La primera pregunta se refiere a la ubicación que el hombre tiene en el espacio. La segunda, a la ubicación que tiene en la cultura. La tercera, a la que tiene en el tiempo. A la ley no le importa saber la ubicación de ese hombre en el ambiente social. No le importa saber si es un padre de familia, ni saber, por este camino, si es un hombre digno de la soberanía en razón de sus responsabilidades. Sólo atiende la Constitución al hecho individual. Desconoce el hecho familiar, prescinde del hecho familiar. Olvida, quizás, el principio de organización fundado en la familia, que aún los propios liberales reconocen,

como don Valentín Letelier, que en la "Génesis de Estado" afirma que la célula de la sociedad es la familia.

Hemos tocado, señores, un aspecto que merece detenimiento y consideración. La familia es el principio de la vida social. Es ella la primera sociedad que recibe al hombre. Es de ella, como de una vertiente cálida, de donde emanan los primeros derechos, las primeras obligaciones. En ella se encuentra el mecanismo inicial de la soberanía. Para ciertos católicos, aferrados intelectualmente al Derecho Natural, pero en discrepancia lógica con él, es aceptable el sufragio universal. Yo digo: es esto un contagio del hombre de desorden en nuestro campo. El hombre de orden debe plantearse un dilema definitivo. La soberanía emana de un hecho natural o de un contrato positivo. Si emana de un hecho natural, es necesario buscar alguna fuente de donde emane y constituir la sociedad en el nacimiento mismo de esa fuente. Si emana sólo de un contrato positivo, como supone Rousesau, puede exigirse cualquier condición arbitraria al pueblo soberano. Y tan lógico es que a un hombre se le exija saber leer como saber empapelar o saber pintar monos en las paredes. El hecho social, no emana del saber, sino del ser. El hecho social emana de la primera sociedad conyugal entre los hombres; su constitución no se ha jurado en asambleas legislativas sino en la confidencia secreta del corazón, en el idilio primero, mezcla de amor y de apetito, entre dos sexos diferentes.

La sociedad, organizada a base de individuos aislados, no puede aspirar sino a una feble y transitoria soberanía. La sociedad, organizada a base de individuos aislados, se funda en la igualdad. La igualdad es una utopía intelectual, pero no un hecho. El hecho es la desigualdad. La sociedad está fundada en la desigualdad, y no es la declaración de que los hombres son iguales lo que va a salvar de su tragedia al mundo. Lo que nos

va a salvar de no ser iguales, es una fuerza superior al buen deseo. Es el buen querer, es el buen amar.

De acuerdo con las Constituciones liberales, se ha introducido un nuevo desorden a la vida política. Si todos son iguales, la mujer también es igual. ¿Por qué negarle el voto? Sobre la base de la igualdad, se ha introducido también a nuestro campo el contagio terrible del voto femenino. Nosotros quisiéramos negarnos a él, pero lógicamente no podemos porque mantenemos el principio político liberal. Necesitamos una razón jurídica para impedirlo, pero el orden constitucional la niega. Acudimos a una razón sentimental, pero el orden incompleto en que vivimos no consulta razones de sentimientos. Decimos que la mujer tiene el cetro de su hogar. Pero la mujer nos responde con razón que el hogar no es un cetro en la vida moderna. Forzamos más los argumentos e invocamos principios espirituales, voces venidas del altar para impedir el sacrilegio. Pero la mujer nos responde con razón que el orden político no atiende al hecho religioso y que, por el contrario, le desprecia. Dentro de lo constituido, la mujer puede entrar. Esto, sin duda, es un desorden. Nosotros presentimos que es un desorden, pero no podemos entenderlo bien porque a pesar de nuestra tendencia espiritual, vivimos en el desorden de las ideas. Nos repugna que la mujer se mezcle en la política, pero nos repugna también que no se mezcle en ella. Si la mujer es un átomo social, en medio de una sociedad organizada de átomos, debe votar y debe intervenir. Pero si la mujer es un átomo dentro de una célula; si el organismo político se funda en el organismo familiar, la mujer intervendrá, la mujer será una parte vigorosa de la sociedad, aunque no llegue a ser ciudadano elector.

Es curioso un fenómeno que, en este punto, se observa con frecuencia. Allí donde la familia se encuentra organizada só-



lidamente, allí donde la familia es un factor social, poco le importa a la mujer el sufragio. En Francia, por ejemplo, donde, a pesar de la legislación, la familia mantiene todavía su estabilidad medioeval, ha sido insignificante la lucha feminista. En España, donde ocurre algo análogo y donde, por lo mismo la mujer, a pesar de su alejamiento oficial, ha tenido y mantiene todavía una influencia decisiva en la política, no gasta ésta mucho esfuerzo, sin embargo, en alcanzar la soberanía del sufragio. En cambio, en los países protestantes, donde la familia ha sido destruída y donde la mujer se siente desplazada de su función social, se ha abierto paso en forma vigorosa la aspiración política femenina. La mujer, que es un hecho social, necesita influir, y cuando se destruye su reino, busca en el reino ajeno la corona que falta a su soberanía.

Pero avancemos un punto en la cuestión y por este camino de la mujer subamos a un problema grave y trascendental.

Es muy frecuente escuchar que la crisis del matrimonio se debe principalmente a la dura lucha económica en que nos debatimos. Y es en esta explicación en donde encontramos una nueva y rotunda crítica a la organización social moderna.

Así como en la vida política de nuestra sociedad se ha desconocido el principio familiar, también se le ha desconocido en la vida económica.

Un hombre, ante el trabajo, no es sino un hombre. Digamos mejor, es una ficha graduada, valorizada, que no tiene otros derechos ni otras prerrogativas que las que emanan del esfuerzo.

Señores: A veces un hombre no es sólo un hombre. Representa una generación entera que se nutre de su trabajo. Es el jefe de una familia que necesita comer y que, ante la sociedad, puede invocar derechos positivos y singulares. Lo que pide el trabajo al jefe de un hogar es infinitamente más valioso que lo que pide

al hombre ajeno a las responsabilidades familiares. Sin embargo, lo que produce el trabajo para uno, dentro del orden en que vivimos, es igualmente valorizado que lo que produce para el otro.

Cada día, quizás, se desarrolla, o debiera desarrollarse en el seno de la fábrica, un diálogo terrible y sobrecogedor:

—Señor—afirma el obrero, sostenido en una comprensión natural de la justicia,—yo tengo hijos que comen, que crecen, que se educan. A mí me paga Ud. lo mismo que a aquel otro, que sólo trabaja para emborracharse en la taberna.

El industrial responde lógicamente, sostenido en la actual organización económica del trabajo:

—¿Y a mí qué me importa todo eso? Tú me produces lo mismo que aquel otro. Es justo que yo les pague lo mismo.

El industrial, acaso desde su punto de vista, tiene razón. Pero el obrero también la tiene.

En el fondo, señores, lo que ocurre es que, en este orden social cristiano, que muchos creen ver en lo que estamos viviendo, no hay nada de principios sociales y muy poco de principios cristianos.

El trabajo, para nuestra sociedad individualista, no tiene otra razón de ser que el rendimiento económico. Y esto no puede ser así.

Una profunda observación nos lleva a decir que el hombre, en el trabajo, no sólo busca el pan. Busca también la satisfacción espiritual de hacerlo todo a su imagen y semejanza. El artista que moldea una piedra y que encuentra un deleite en su actividad, es porque en esa piedra está moldeando una forma de su espíritu. El ebanista que fabrica una mesa, está expresando en ella su aspiración. Cada moldura, cada ángulo, cada arista quebrada y sutil, es una palabra muda y misteriosa.

¿Es posible, pregunto, que en esto que hemos querido llamar orden social cristiano, no hayamos podido ver otra finalidad en el trabajo que la de producir riqueza? El principio y el término del trabajo, en esta hora, es producir, producir y siempre producir.

Tan desdichados hemos sido a la sombra de este concepto, que ni la escasez de la producción, ni la abundancia de la producción, han podido darnos la clave del enigma. Si producimos poco, el hambre golpea en nuestras puertas. Si producimos mucho, el hambre vuelve a golpear. Hay talleres que trabajan día y noche. Nunca como en el momento presente ha habido mejores instrumentos para el trabajo. Se ha introducido al trabajo la mujer. Se ha introducido el niño. Todo lo concerniente a la riqueza del mundo está previsto. Se experimenta, se calcula. El hambre sigue golpeando inexorablemente; sigue golpeando en las puertas de todos los pueblos; de los imperios más grandes de la tierra como de las colonias más apartadas y miserables.

Es que los hombres han profanado el trabajo y han envenenado la fuente de la vida. El trabajo se practica en las fábricas, que, poco a poco, reemplazan al hogar. El trabajo roba al hogar un hombre fuerte y devuelve un andrajo. El trabajo se lleva a las mujeres, a los niños. El trabajo sacrifica los días de descanso. Ni siquiera respeta el día de Dios. El trabajo se hace de noche y las fábricas silban a la hora en que se acalla el tañido de las campanas. Se nos enseña a trabajar, antes de enseñarnos a vivir. Las Universidades se pueblan de juventudes ansiosas de conocer un ramo técnico que sirva para enriquecerse, y no se preocupan de saber la verdad. Todo lo llena la concepción económica del trabajo. Y he aquí que, en lugar de enriquecernos y de encontrar el poder en el dinero, vamos empobreciéndonos día a día y tenemos que arrojar a la hoguera del trabajo lo que

ciertas épocas más buenas y más vigorosas que nosotros, reservaban para la oración. Ante tamaño fracaso, yo abro el Evangelio y repito las palabras divinas:

—Contemplad las azucenas cómo crecen y florecen. No trabajan, ni tampoco hilan. No obstante, os digo que ni Salomón, con toda su magnificencia estuvo jamás vestido como una de estas flores. . . . Por tanto, buscad el reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se os dará por añadidura.

Orden social cristiano. . .

No se consigue el orden social cristiano estableciendo un maridaje prudente y relativo entre las más avanzadas doctrinas sociales y nuestros principios. No es fundándonos en ciertas conquistas individualistas del pasado y en ciertos postulados socialistas del presente como vamos a cristianizar la estructura social. Es, señores, estableciendo un orden perfecto y sistemático entre los altos principios evangélicos y la organización jurídica, política y económica del mundo. Es, en una palabra, haciendo carne viva, carne fecunda de realidad, la disposición terrible y vigorosa de amarnos los unos a los otros.

Cimentando nuestro credo político sobre la roca viva de esta verdad, es como conseguiremos ser oídos y ser seguidos en esta hora de definitiva sinceridad, en este juicio final de los programas huecos, incompletos y contradictorios.

No basta, sin embargo, abrir el Evangelio. Es necesario también abrir el corazón. Y yo estoy seguro que en este surco bendito de los corazones que se abren, después de todos los fracasos, después de todas las caídas, después de todas las tragedias recónditas de la vida moderna, tiene que fructificar la semilla divina que ya Rodó presintiera caer sobre nosotros, cuando en la noche estrellada y silenciosa divisa como una mano de sembrador en la lejanía.